

nuestra soberbia? ; no basta el que esos dones estén escritos con la mano del Señor en el libro de la vida? ; De qué sirve gravar en el mármol que ha de perecer, el mérito de una accion à quien la caridad puede hacer immortal?

*Sermon para el dia de la Asumpcion. Tom. II.  
fol. 206.*

**P**Ocas veces sucede que queramos con sinceridad que se olviden los hombres de lo que nos puede dar estimacion para con ellos: miramos este olvido como una injuria: quisieramos que todo el mundo leyese en nuestra frente, por decirlo así, nuestros talentos y nuestras virtudes, nuestra clase y nuestro nacimiento: y hasta en estos santos retiros, en donde hemos puesto à los pies de los altares los despojos del mundo y de toda su gloria, recogemos con una mano la pompa vana que habiamos sacrificado con la otra: aún se dexa vér por entre la obscuridad del velo santo el falso resplandor del mundo y del nacimiento: queremos gozar en el lugar de la humildad de las mismas distinciones que despreciamos en el mundo; y en el mismo santuario del esposo quieren algunas almas ser conocidas por otro título mas que por el sublime de esposas.

*Sermon para el IV. Domingo de Quaresma. Tom. V.  
fol. 117.*

**N**O alcanzan los privilegios de la Iglesia à satisfacer la vanidad de sus bienhechores: éstos tienen lugares distinguidos en el santuario: sus sepulcros se hallan colocados aún debaxo de los mismos altares, en donde solamente debieran descansar las reliquias de los mártires: tambien se les tributan unos ho-

honores que solo son debidos à la gloria del sacerdocio; y si no ponen la mano en el incensario, à lo menos quieren dividir con el Señor el incienso que se quema en sus altares.

## DE LA EMBIDIA.

*Sermon para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 125.*

**E**N el corazon en que domina la embidia parece que se unen todas las circunstancias mas infames: no hay ruindad que esta pasion no consagre ò justifique: destruye hasta los mas nobles pensamientos de la educacion y del nacimiento; y luego que este veneno se apodera del corazon, hallamos unas almas viles, en donde la naturaleza habia colocado unas almas nobles y generosas: admitimos la amistad de los hombres mas desacreditados y perdidos, luego que éstos abrazan y sirven à la secreta amargura que nos consume: los estimamos luego que se ofrecen à ser viles instrumentos de nuestra pasion; y lo que debiera ser motivo de que nos fuesen mas aborrecibles, es lo que en un instante nos borra todas sus manchas: miramos como mérito el zelo que manifiestan por nuestros intereses; y alabamos en ellos como virtud un infame ministerio de que nosotros mismos nos avergonzamos interiormente.

*Sermon para el Viernes despues de Ceniza. Tom. III.  
fol. 95.*

**C**omo la embidia encierra en sí cierta vileza y cobardía, y es una interior confesion que nos hacemos à nosotros mismos de nuestro corto conocimiento, siempre se nos manifiesta baxo de unas falsas exterioridades que nos la disfrazan; pero si exâminamos bien

bien nuestro corazon, hallaremos que todos los que nos hacen sombra, ò que tienen algunas prendas estimables, tienen también la desgracia de desagradarnos: que solamente nos parecen amables los que no pueden competir con nosotros: que todos los que nos exceden ò igualan, nos enfadan y molestan; y que para tener derecho à nuestra amistad, es necesario no tenerle à nuestras pretensiones y esperanzas.

*Sermon para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 124.*

**E**Ntre todas las pasiones que oponen los hombres à la verdad, la embidia es la mas peligrosa, porque es la mas incurable: éste es un vicio que abre el camino à todos los demás, porque siempre nos le disfrazamos à nosotros mismos: es enemigo declarado del mérito y de la virtud: todo quanto los hombres admiran le irrita è inflama: solamente perdona al vicio y à la obscuridad; y es necesario que un hombre sea indigno de la atención del público para merecer sus respetos y su indulgencia.

*Sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.  
Tom. II. fol. 105.*

**S**iempre disputamos à aquellos, cuya elevación miramos con embidia, los talentos y prendas estimables que interiormente no podemos menos de concederles: quando no podemos pintar como vicios sus virtudes, à lo menos las atribuimos unos fines siniestros: la misma embidia nos hace conocer sus prendas estimables, y que las despreciamos: nos alegramos de que el público se declare contra ellos, quando al mismo tiempo nuestra conciencia, mejor instruída, los está justificando; y así, nunca es cumplido el gusto que tenemos en ver que los demás se engañen en este

asun-

asunto, porque no podemos conseguir el engañarnos à nosotros mismos: los hombres suelen preciarse de las demás pasiones: el ambicioso se gloria de sus pretensiones y esperanzas: el vengativo pone su felicidad en que se hagan públicos sus sentimientos: el luxurioso se precia de sus excesos y desordenes; pero en la embidia hay no sé qué vileza, que todos procuran ocultarsela à sí mismos: ésta es una pasión de almas viles, una secreta confesion que nos hacemos à nosotros mismos de nuestro corto mérito, y una ceguera que nos cierra los ojos para que no veamos la indignidad y baxeza que en ella se halla: no hay ruindad de que no seamos capaces luego que somos enemigos del mérito y de la inocencia.

*Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X.  
fol. 53.*

**L**A embidia es vicio propio de los Grandes: Embidian la reputacion agena; y así, todo lo que no es gloria propia suya, es para ellos una mancha que los tizna è infama: embidian las gracias que se distribuyen à los demás; y les parece que les usurpan à ellos las que se conceden à otros: embidian el favor; y así, el que adquiere la amistad, y confianza del Principe, se hace por este solo motivo digno de su ódio y su desprecio: embidian hasta los felices sucesos del Estado; y así, las públicas alegrías las mas veces son para ellos motivos de secretos pesares: las victorias que sus rivales alcanzan de sus enemigos, son para ellos mas amargas que para los mismos enemigos. Su casa es una casa de luto y de tristeza, quando otro triunfa, y recibe en la Capital las públicas aclamaciones: y no contentos con manifestarse insensibles à la gloria de los felices sucesos, procuran consolarse, esforzandose à obscurecerlos con la malicia de sus reflexiones y censuras.

*Tomo XI.*

P

*Ser-*

*Sermon Para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 127.*

**E**N manos de la embidia todo se convierte en veneno: mira à la mas acendrada virtud como una hipocresía mas bien disimulada: al mas prodigioso valor, como pura ostentacion, ò como una feliz casualidad que ocupa el lugar del mérito: à la reputacion mas bien recibida, como error público, en que tiene mas parte la preocupacion que la verdad: à los talentos mas útiles al Estado, como una ambicion desmesurada que oculta un gran caudal de necedad è insuficiencia: al zelo por el bien de la Patria, como un artificio para hacerse estimar, y ser tenido por necesario: à los mas gloriosos sucesos, como un conjunto de circunstancias felices, que puramente se deben à la casualidad, y no à la prudencia de las medidas: al mas ilustre nacimiento, como un nombre distinguido que mas se debe à la usurpacion que à haberle heredado de los antepasados: finalmente, la lengua del embidioso mancha todo quanto toca; y este language tan infame es el estilo mas comun de las Cortes, y el que sirve de lazo al trato, y à las amistades: cada uno se oculta la secreta herida de su corazon, y cada uno se la comunica: todos se averguenzan del nombre de este vicio; y al mismo tiempo hacen alarde del mismo vicio.

*Sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.  
Tom. II. fol. 107.*

**L**A embidia se introduce hasta en el Santuario de los Reyes, y en el Consejo de los Príncipes: divide entre sí à los que debiera unir el interés comun, el bien público, y el amor al Príncipe y à la Patria: procuran éstos destruirse mutuamente, à costa de los

ne-

negocios y necesidades públicas: las comunes desgracias han nacido muchas veces de las embidias particulares: el embidioso se olvida de lo que debe à la Patria y à sí mismo; y no hay cosa sagrada para un corazon que se halla inficionado de la embidia: convierte la sociedad en un funesto teatro, en donde parece que solamente se presentan los hombres para destruirse y arruinarse; y en donde el triunfo y la victoria de los unos se funda en la ruina de los otros.

*Sermon para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 128.*

**E**L zelo del bien público sirve siempre como de excusa, y apología à la embidia: parece que todos nuestros temores son por el bien del Estado; y en la realidad no hacemos mas que embidiar los puestos de los que le gobiernan: vituperamos la eleccion del Soberano, diciendo que cae en sugetos incapaces; pero no es quien nos mueve el interés del público, sino la embidia, y el pesar de no haber sido nosotros los escogidos: nunca nos parece que se conceden al mérito aquellos puestos à que nosotros aspiramos: nunca nos parece que andan juntos el favor del Príncipe, y el bien del Estado: nos preciamos de amantes de la Patria, y solamente amamos los honores y las preeminencias: hacemos ostentacion del título de buenos Ciudadanos, y baxo este título ocultamos el de embidiosos: siempre tenemos en la boca el bien del Estado, y la embidia en el corazon: nos manifestamos tristes por los adversos sucesos, quando éstos no corresponden à los deseos y medidas de los que gobiernan; y al mismo tiempo nos alegramos mas de los oprobrios que recaen sobre ellos, que lo que nos pesa de los males que pueden seguirse à la Patria: ¿quántas veces hemos visto à algunos hombres de Republica sacrificar el Estado à sus particu-

P 2

la.

lares embodias, hacer que se desvanezcan algunas empresas que hubieran sido gloriosas à la Patria, porque no recayese este honor en sus rivales, proporcionar algunos sucesos capaces de arruinar el Imperio, para que sus competidores quedasen sepultados entre sus ruinas; y arriesgarlo todo por hacer perecer à un solo hombre?

## DE LA VENGANZA.

*Sermon para el Viernes despues de Ceniza. Tom. III.  
fol. 106.*

**N**O hay reconciliacion alguna que mude el corazon, y que no sea una falsa apariencia de la antigua amistad: nos reconciliamos por ceder à las instancias de nuestros amigos, por evitar los ruidos que trae consigo una enemistad declarada, y que nos podrian ser perjudiciales, por no privarnos de ciertas concurrencias, de donde sería preciso desterarnos si nos obstináramos en no querer reconciliarnos con nuestro próximo: nos reconciliamos por condescender con los Grandes, que nos lo piden por favor, por adquirir fama de moderacion y grandeza de ánimo, por no dar al público un espectáculo que no corresponderia à la idea que queremos se forme de nosotros, por atajar las continuas quejas, y los ultrages que con sus dichos nos puede hacer un enemigo que acaso nos conoce demasiado, que por haber disfrutado toda nuestra confianza, merecè que usemos con él de algunas atenciones, y que por medio de la reconciliacion le obliguemos à callar.

Vemos en el mundo algunas personas públicas, algunas familias distinguidas, que guardan entre sí ciertas correspondencias que no pueden romperse sin escan-

candalo, y que con todo eso mantienen intereses diferentes, y públicos sentimientos de embidia, y de mútuo rencor: que se arruinan, se destruyen, y se miran con embidia: que cada una forma de sus dependientes otros tantos partidarios de su enemistad y aversion: que ponen en vandos al mundo, à la Corte y al Pueblo: que convierten sus disensiones privadas en públicas querellas: que establecen en el mundo la opinion, y el escandalo de que no se aman, y de que quisieran destruirse mutuamente: que aunque observan ciertas exterioridades, sus intereses y sus afectos están divididos para siempre sin remedio; y con todo eso vemos à unos y otros vivir con fama de virtud, y ejercitarse en buenas obras; y los Ministros de la Penitencia, que debieran ser jueces de nuestros rencores, suelen ser muchas veces sus Apologístas; se dividen con el público, se interesan en las venganzas y preocupaciones de sus penitentes, publican la equidad de sus quejas, y hacen que el único remedio, destinado à curar el mal, solo sirva de vestirle con las apariencias de bien, y hacerle mas incurable.

Se cree regularmente que el Legislador de los Judíos usó de algun género de indulgencia y condescendencia quando publicó la ley del perdon de las injurias: que obligado à conformarse con la flaqueza de un Pueblo carnal, y persuadido por otra parte à que entre todas las virtudes el amor à los enemigos era la que mas costaba al corazon del hombre, se contentó con arreglar la venganza, y señalarla ciertos límites: no quiero decir que por precaver los grandes excesos autorizase los menores: esta ley, como todas las demás, tenia su santidad, su bondad y su justicia; pero mas era un establecimiento político, que regla de virtud: era conveniente para mantener la tranquilidad del Estado; pero no tocaba al corazon,

ni llegaba à la raíz de los rencores y venganzas. Con ella solamente se intentaba, ò contener al agresor, amenazandole con la misma pena con que él hubiese afligido à su hermano, ò poner freno al resentimiento del ofendido, haciendole temer, que si se excedia en la satisfaccion, se exponia à padecer la pena del exceso de su venganza.

Hay algunos hombres que no obstante no verse en ellos señal alguna de virtud, se están continuamente reconciliando con sus enemigos; y no pudiendo vencerse en orden à las obligaciones mas fáciles de la vida christiana, parecen Héroes en el cumplimiento de ésta, que es la mas difícil de todas; y esto consiste en que son Héroes de la vanidad, y no de la caridad: que apartan de la reconciliacion lo que en sí tiene de heroyco y penoso en la presencia de Dios, que es el olvido de la injuria, y la mudanza del corazon para con el próximo; y solamente conservan de ella lo que tiene de glorioso para con los hombres, que es la apariencia de moderacion, y una facilidad en reconciliarse que admira al mundo.

La moral de los Filósofos puso el perdon de las injurias en el número de las virtudes; pero esto mas era precepto de vanidad, que regla de disciplina; y porque conocian que la venganza encierra en sí no sé qué exceso, y ruindad que hubieran afeado el retrato, y la soberbia tranquilidad de su Sábio: miraban como cosa vergonzosa que éste no pudiese ser superior à una ofensa; y así, el perdon de los enemigos solamente se fundaba en el desprecio que de ellos hacian: se vengaban despreciando la venganza; y la soberbia se desquitaba, muy à poca costa, del placer de hacer mal à los que nos habian ofendido, con la gloria que hallaba en despreciarlos.

DEL

## DEL AMOR PROPRIO.

Como nos amamos excesivamente à nosotros mismos, y no ponemos límites à nuestros deseos, nunca estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevacion, ni con nuestros puestos: siempre nos parece que falta alguna cosa à las ansias de nuestro amor proprio: si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece quanto poseemos: nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos, y en medidas: no sabemos gozar tranquilamente de los bienes que nos concede la providencia: mas nos inquieta lo que nos falta, que nos satisface lo que poseemos: mientras vemos que nos falta algun camino que andar, no estamos contentos con lo que ya hemos adelantado: semejantes à un Piloto que navega en alta mar, quando hemos llegado à aquel punto hasta donde se estendia nuestra vista y nuestras esperanzas, descubrimos un nuevo horizonte, y unos espacios inmensos que avivan nuestras pretensiones: quanto mas ensalzados nos hallamos, à mas se estienden nuestros deseos: quanto mas adelantamos, mas camino parece que nos falta que andar: quando hemos llegado al término de nuestros deseos, le miramos como camino que nos guia à otro nuevo término; y nunca estamos contentos con nuestro estado presente: nunca abrazamos la suerte que Dios nos destina: somos ingeniosos en hacernos infelices, y siempre estamos conspirando contra nuestro proprio sosiego; y basta que la providencia nos conceda el bien que hemos deseado mucho tiempo, para que inmediatamente nos disguste.

Ser-